

HELMANTICA

REVISTA DE HUMANIDADES CLASICAS
PONTIFICIA UNIVERSIDAD ECLESIASTICA.-SALAMANCA

AÑO III

OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1952

NÚM. 12

LA CONSERVACION DE LOS CLASICOS UNA IMPRENTA EN LA EDAD MEDIA *

Los Monasterios, nuevas Arcas de Noé de la cultura

«¡Oh abad de tantas gentes, que has recibido un don tan grande y precioso, y habitas aquí con tantos buenos para ir después a alegrarte con los Angeles! ¡Oh excelso, augusto e inteligente abad Ikilano! Mira ya cumplido tu deseo. Ve aquí este libro tan útil, dorado y miniado. Merezca yo por ello ser sostenido con tus oraciones. No te olvides del escriba que ha sufrido esto por tí».

Así ofrece gozoso el monje copista Arias a su Abad Ikilano el códice Antifonario mozárabe que este le había encargado copiar. ¡Era tan emocionante para el escriba el momento en que daba ya cima a la copia, y podía presentar el códice entero al abad o director del escritorio!

Hoy que la imprenta nos multiplica como por encanto los ejemplares de una obra, no nos podemos hacer cargo del trabajo ímprobo que suponía para los antiguos la adquisición de obras para sus bibliotecas. ¡Todas tenían que escribirse a mano, y una sola copia de cada vez!

Los Monasterios de la Edad Media fueron como el Arca de Noé donde se salvó del naufragio la antigua cultura profana y reli-

* Discurso pronunciado en la Universidad Pontificia de Salamanca en la apertura del curso 1952-1953.

giosa. No sólo eran —en frase de un autor moderno— «depósito de la ciencia antigua», sino también «manantiales del saber futuro». Mientras las producciones de otras literaturas se han perdido, «a los monjes debemos —dice Sandys citando un verso de Wordsworth— que la cultura clásica persista, salvada por estos religiosos para toda la posteridad»¹.

San Jerónimo en su celda de Belén había dado el primer gran ejemplo de un trabajo literario en la soledad. Casiodoro parece haber sido el primero en haber aplicado este principio de una manera más amplia y más sistemática a la organización del convento. Como ha dicho bien el Dr. Hodgkin, «el gran mérito de Casiodoro, lo que demuestra su profunda penetración de las necesidades de la época y le hace acreedor a la eterna gratitud de Europa, fué su determinación de utilizar la gran tranquilidad del convento para la preservación del saber divino y humano, y para su transmisión a las épocas posteriores». Igualmente advierte el Profesor W. Romsay que «el beneficio de sus enseñanzas y de su ejemplo no quedó de ninguna manera confinado al establecimiento que él presidió, ni a la época en que él floreció. Aquel sistema se fué gradualmente introduciendo en las instituciones similares, la transcripción de las obras antiguas vino a ser una de las ocupaciones regulares y ordinarias de la vida monástica, y así, con toda probabilidad, a Casiodoro le debemos indirectamente la preservación de una gran porción de las más preciosas reliquias del genio antiguo. En realidad es cosa generalmente admitida que la civilización de los siglos posteriores, y en particular, la institución de las bibliotecas y escuelas monásticas, donde siguió brillando la luz del saber durante las «Edades Oscuras», debieron mucho a la previsión de Casiodoro»².

«Dijo Dios a Noé. Entra tú y toda tu casa en el arca; porque a tí he visto justo delante de mí en esta generación. De todos los animales limpios toma siete y siete, y los meterás contigo en el arca; mas de los animales inmundos dos y dos. E igualmente de las aves del cielo siete y siete, para que se conserven sobre la haz de toda la tierra. Tomarás pues contigo de todo aquello que se puede comer,

¹ SANDYS, *History of Classical Scholarship. I*, p. 626.

² *Ib.*, p. 269.

y lo llevarás contigo: y servirá, tanto a tí como a ellos, para que comáis. Noé pues hizo todo lo que Dios le había mandado»³.

Casiodoro, cual otro Noé, mete en el arca de su Monasterio todos los libros. «*Quantos vel invenire priscos potuimus, vel nuper per amicos nostros de Graeca lingua transferri, vel nova cudi fecimus*». Cuantos pude encontrar, traducir o componer».

Descripción del Monasterio Vivariense

El Arca estaba magníficamente construída. Siendo Presidente de Ministros del Rey Godo, escribía así al Gobernador de Lucania y de los Abruzos:

«Esquilache, la ciudad principal de los Abruzos, me dicen que está agobiada por las exigencias de los recaudadores. Y eso, siendo yo Presidente, no puede ser. Porque naturalmente tengo que sentir especialmente las penas de los que son de mi propio terruño. ¡Y qué terruño! Sobre una bahía del Adriático se levanta mi ciudad: no para hacerla difícil la subida, sino para que pueda contemplar a su gusto el verdor de los campos y el azulado del mar. Ella ve nacer al sol en su misma cuna, casi sin aurora. Diríase que es la patria misma del sol: con tal claridad brilla. Goza de una luz diáfana. De ambiente templado, siente abrigo en invierno y frescor en verano. Se vive sin penas, donde no se temen los rigores del clima. El hombre con esto es también más despierto: porque el clima lo influye todo. Así un país cálido cría gente ligera y aguda; otro frío tarda y astuta. Sólo el medio o templado es el que compone las costumbres del hombre con su equilibrio. De aquí es que los antiguos dijieran que Atenas era la sede de los sabios, porque inundada de aire puro, preparó los sentidos y facultades humanas profusamente bañados de luz para la contemplación. Porque ¿acaso es lo mismo sorber las aguas cenagosas, que beber el agua trasparente de una fuente? Pues lo mismo, el vigor del alma decae bajo la presión de una atmósfera pesada. ¿No es verdad que sentimos sin querer estos efectos, cuando nos entristecemos con un cielo nublado y nos alegramos con un cielo sereno? Es que el alma espiritual goza con todo lo puro.

³ *Génesis*, c. VI y VII, v. 18-5.

«Disfruta también mi pueblo en abundancia de todas las delicias del mar, con las cuevas marinas que tiene hechas, por mí. Porque al pié del monte Mosco, excavando las entrañas de las rocas, hice que las corrientes del mar penetrasen por debajo. Allí multitud de peces corren en libre cantidad, para descanso del ánimo y admiración de la vista. Corren ávidos a la mano del hombre, para buscar qué comer, antes de hacerse comida. Cría el hombre sus delicias, y teniendo en su poder coger lo que quiera, con frecuencia le sucede que repleto lo deja todo.

«No les falta tampoco a los de mi ciudad el poder contemplar sentados los hermosos cuadros de la vida campestre. Escenas de vendimia, escenas de trilla, paisajes de verdes olivos, todo se ve desde arriba. Nada del encanto de los campos le falta, a quien desde su misma ciudad lo puede ver todo. Por eso como no tiene muros, diríase que era una ciudad rural, o una granja ciudadana... Hablen otros de Islas Afortunadas. Para mí las Afortunadas son las tierras que tu gobiernas» ⁴.

El gran Casiodoro, de corazón ingenuo y noble, amaba tiernamente a su tierra. «No hay nada de injusto —decía— en que uno se interese más por su patria, sobre todo cuando la ve necesitada de socorro» ⁵. Y sentía vivamente sus glorias: «Celebrábamos un banquete con toda etiqueta en el Palacio Real. Allí empezó a hablarse, a ponderarse los mejores productos de cada provincia, y como suele suceder; hablando hablando se vino a parar al vino y queso de mi tierra. ¡Qué alabanzas! ¡Eso es leche, eso es miel!... Mándame cuanto antes un barco cargado de ello: demos gusto al Rey tan a poca costa. Pero ojo con equivocarte y mandar una cosa por otra. Que va en ello el buen nombre de mi tierra. Hasta ahora he dado yo de mis provisiones. Tú verás a lo que te expones si no lo escoges bien, pues ya le han cogido el sabor» ⁶.

Cuando entre los 60 y los 70 años dejó Casiodoro el mundo, o como él mismo dice «dejadas por fin en la ciudad de Ravena todas las solicitudes de las dignidades, y los cuidados seculares sazonados

⁴ Variarum, XIII, 15.

⁵ Ib. XII, 5.

⁶ Ib. XII, 12.

de nocivo sabor», ⁷ a la dulce soledad de su terruño se retiró a realizar su plan salvador. Allí fundó su soñado monasterio —*monasterio meo*— como le llama él con cariño.

Y con qué fruición le describe: «La posición misma del Monasterio Vivariense —dice a sus monjes— os está invitando a ser generosos con los peregrinos y con los pobres, con una huerta tan bien regada y un río al lado con tantos peces. Tiene el río Pelena la buena cualidad de no ser ni tan profundo que constituya peligro, ni tan somero que se le pueda despreciar. El arte le ha puesto a vuestro servicio, entrando y acudiendo a donde se le necesita, siempre bastante para vuestros huertos y vuestros molinos. Allí está presente cuando hace falta, y una vez cumplido su oficio, se retira y se va. Y es, por decirlo así, tan fiel a sus deberes, que ni molesta importuno, ni puede faltar cuando se le busca.

También tenéis el mar tan a vuestros pies, que podéis pescar cuanto queráis; y los peces, cuando no los queráis, lo podéis echar en los viveros. Porque allí hicimos, con la ayuda de Dios, unos agradables refugios, donde fielmente guardados pueden vagar multitud de peces; imitan tan bien las cavidades de los montes que no puede sentirse preso quien tiene libertad para buscar la comida y esconderse por las cuevas conocidas. También hemos mandado construir baños debidamente dispuestos para cuerpos enfermos: donde corren fuentes cristalinas de agua reconocida como gratisima lo mismo para beber que para bañarse. De donde resulta, que vuestro monasterio es más bien buscado por otros que no que vosotros podáis echar de menos otros sitios. Pero como sabéis, estos son gustos de las cosas presentes, no esperanza de las futuras. Esto ha de pasar, lo otro ha de permanecer sin fin. Por eso puestos allí, pasemos nuestros deseos más bien a aquellas cosas que nos hagan reinar con Cristo» ⁸.

Las amplias miras de Casiodoro no se limitaron al Monasterio. Pensó también en aquellos de sus monjes que podían sentir vocación de Eremitas, y para ellos construyó sobre la cumbre del monte otro segundo Monasterio de Eremitas separadas. «Si en el Mo-

⁷ Cassiodori in Psalterium Praefatio.

⁸ *Cassiodorus de Institutione Divinarum Litterarum*, c. 29.

nasterio Vivariense—sigue diciendo—estáis ya debidamente formados con la vida de comunidad, y empezáis a aspirar, purificadas vuestras almas, a algo superior, tenéis los dulces retiros del monte Castillo, donde podéis estar felizmente, con la gracia de Dios, como anacoretas. Porque están apartados, a imitación de los parajes del yermo, aislados por los antiguos muros que los rodean. Por eso los más ejercitados y probados podréis elegir aquella morada, si ya habéis preparado antes en vuestro corazón la subida»⁹.

Preferencias culturales de Casiodoro

¿Qué prefería Casiodoro? Con su ingenuidad acostumbrada nos lo va a decir claramente. «Yo sin embargo os confieso mi deseo, y es que todas las ocupaciones que pueden desempeñarse entre vosotros con el trabajo del cuerpo, a mí no sin razón tal vez me gusten más las aficiones de los «Anticuarios», con tal de que escriban con veracidad. Y esto por dos razones. Primera, porque releendo las Escrituras divinas instruyen saludablemente su mente, y segunda, porque escribiendo los preceptos del Señor, los propagan por todas partes —*longe lateque disseminent*—. Idea feliz, laudable actividad, predicar con la mano a los hombres— *manu hominibus praedicare*— desatar con los dedos las lenguas, —*digitis linguas aperire*— dar a los mortales la salud callada —*salutem mortalibus tacitam dare*, —y luchar con la pluma y con la tinta contra los ilícitos engaños del demonio —*et contra diaboli surreptiones illicitas calamo attramentoque pugnare*. —Porque Satanás recibe tantas heridas, cuantas palabras del Señor copia el Anticuario —*Tot enim vulnera Satanas accipit, quot Antiquarius Domini verba describit* —Y estando en un solo sitio, con la difusión de su obra va por diversas Provincias —*Uno itaque loco situs, operis sui disseminatione per diversas Provincias vadit* —En los lugares santos se lee su trabajo; oyen los pueblos con qué apartarse de su mala voluntad, y servir a Dios con mente pura. Sigue trabajando ausente con su trabajo —*Operatur absens de opere suo* —Y no voy a decir que no reciba retribución por tantos bienes; siempre que lo haya hecho no por ambición, sino con pureza de intención. El hombre multiplica las palabras del

⁹ Ib. c. 29.

cielo, y con cierta como probable significación, si así se puede decir, se escribe con tres dedos lo que enunció la virtud de la Santísima Trinidad. ¡Oh espectáculo glorioso para los que bien lo consideran! Al correr de la pluma de caña se transcriben palabras de cielo, para que con lo que el demonio hizo golpear la cabeza de Cristo, con eso se pueda destruir su astucia.

A las alabanzas dichas puede añadirse otra, que en cierta manera parecen imitar el hecho del Señor, que escribió su ley —aunque está dicho en figura— por ministerio de su dedo omnipotente. Muchas son las cosas que se pueden decir de arte tan insigne: pero básteles el ser llamados librereros, a los que libremente sirven a Dios y a su justicia ¹⁰.

Para que la comunidad de monjes «Anticuarios» o copistas pudiesen ejercitar mejor ese apostolado de la pluma tan admirablemente cantado por su santo Abad, Casiodoro les busca todos los libros posibles, a fin de que copiándolos los puedan conservar y difundir. «*Quantos vel invenire priscos potuimus. ¡Todos los libros antiguos que hemos podido encontrar!*»

¡Y cómo los buscaba! Por todas las partes del mundo —*de diversis partibus, ubi direximus inquirendas*. Ya es un comentario de las epístolas de S. Pablo compuesto con pasajes de S. Agustín por Pedro Abad de la Provincia Tripolitana, el que gracias a Dios tiene encargado para sus monjes con otros códices al Africa —*qui vobis inter alios codices, divina gratia suffragante, de Africana parte mittendus est*. Ya es un «suavísimo comentario de S. Ambrosio sobre todas las epístolas de S. Pablo, el que no ha podido encontrar todavía, pero que le sigue la pista con todo cuidado —*quem tamen adhuc invenire non potui, sed diligenti cura perquiro*. Ya son los diversos comentarios de S. Jerónimo a las mismas epístolas de S. Pablo, «las que espera por la misericordia de Dios recibir pronto de las diversas partes a donde ha mandado buscarlas. Por eso —dice— debemos esperar con interés lo que sabemos que nos han de mandar. Y así, si alguno de vosotros, antes de que venga, se encuentra tal vez con algo de ellos, procure transcribirlo con todo cuidado, y añadirlo a los expositores predichos, para que con la ayuda de Dios y vuestro trabajo progrese la biblioteca del Monasterio —*quatenus*

¹⁰ Ib. c. 30.

juvante Domino et labore vestro Monasterii bibliotheca proficiat, sabiendo que se os están preparando tantos envíos, *quibus tanta noscuntur esse praeparata*. Y si acaso mi vejez, antes de que esto se cumpla, por disposición de Dios y con perdón de mis pecados, como os suplico que pidáis, pasase de este mundo como deseo; al menos a vosotros, como es lícito esperar, llegarán algún día esas cosas que anhelamos —*Quod si forsam senectus nostra, priusquam haec compleantur... transierit, ad vos quandoque res sperata perveniet*¹¹. Al Monasterio Vivariense en fin quería viniesen los libros de sus antiguas bibliotecas de Roma y Ravena, que no hubiesen perecido en la invasión de los bárbaros. «Entre los latinos —dice hablando de la música— escribió un jugoso compendio el ilustre Albino, que recuerdo estaba en mi biblioteca de Roma, donde le leí con gusto, —*quem in bibliotheca Romae nos habuisse, atque studiose legisse retinemus*. Si acaso desapareció en la invasión de los bárbaros —*Qui si forte gentili incursione sublatus est*—, tenéis aquí a Gaudencio en latín, libro, que si le leéis con atención, os abrirá las puertas de esta ciencia»¹².

Así podía decir a sus monjes: «Ea, Hermanos, daos prisa a aprovechar en las Escrituras Santas, cuando véis que yo para facilitaros vuestra instrucción os he reunido con la ayuda de la gracia divina tantas y tales cosas —*quando me cognoscitis pro doctrinae vestrae copia, adjutorio Dominicae gratiae, tanta vobis et talia congregasse*¹³. «Leed, os pido, continuamente, releed con diligencia, que es madre de la inteligencia la frecuente y atenta meditación»¹⁴.

«Por eso os suplico que lo que yo con mi poca lectura tan poco he podido explicar, vosotros tan bien nutridos con la copiosa lectura, lo mismo de estos códices que os dejo, como de los que tengáis la suerte de encontrar, lo procuréis mejorar en nombre de Cristo»¹⁵.

¹¹ Ib. c. 8.

¹² CASSIODORI, *De Musica*, al fin.

¹³ *De Institutione Divinarum Litterarum*, c. 33.

¹⁴ Praefatio Div. Litt.

¹⁵ Lib. div. litt., c. 15

Casiodoro, compositor y copista

Pero el Abad de la culta Comunidad no se contentaba con dar el consejo. Iba siempre delante con el ejemplo.

El mismo nos da el catálogo de sus obras después de su «conversión»:

1. Primero un comentario de los Salmos, donde con la ayuda de Dios empleé los primeros tiempos de mi conversión.

2. Segundo las Normas conforme a las cuales se deban estudiar las letras divinas y humanas, que van en dos libros bastante nutridos, a lo que creo, donde hallarás más utilidad que ornato.

3. Tercero la exposición de la Epístola a los Romanos, donde combatí los errores Pelagianos.

4. Cuarto, las Artes de Donato con sus notas, el libro de las Etimologías, y otro libro de Sacerdote sobre las figuras. Todos los resumí con la ayuda de Dios, para que instruidos mis sencillos hermanos, entiendan sin confundirse, cuando se presente el caso, las expresiones parecidas de la Escritura.

5. Quinto, el libro sobre la Sagrada Escritura que por su carácter de resumen llamé Memorial, para que tengan todo en breve los que se cansen con leerlo ampliamente.

6. Sexto, las dificultades de las Epístolas de los Apóstoles, Hechos de los Apóstoles y Apocalipsis, expuestas con una brevísima explicación.

7. Por último, a mis noventa y tres años de edad llegué, con la gracia de Dios, a mis amadísimos maestros de ortografía —*ad amantissimos Orthographos*—. Si logro formar con todos ellos un ramillete, confío que con su ayuda no se encontrarán ya en adelante confusos el copista ni el corrector —*confusionem emendator atque scriptor... ulterius non habebit*»¹⁶.

Pero no sólo componía obras, sino también copiaba. «Todos los nueve códices de la Sagrada Escritura, viejo y todo los fui pasando mientras compulsaba los códices antiguos, que me leían varios amigos. Confieso que en esto trabajé de firme, gracias a Dios, tanto para no dejar de dar bien el sentido, como para no maltratar los libros sagrados con temeraria presunción. «*Cunctos novem codices*

¹⁶ *De Orthographia*, Praefatio.

(ut senex potui) transivi. Ubi me multum laborasse, Domino adjuvante, profiteor»¹⁷.

«Pluma embotada, a la que tanto quiero —diría en aquellas horas de fatiga Casiodoro como el monje copista del siglo XII— detén un poco tu curso, pero no sea largo tu descanso; ni te atribuyas a tí lo que es atributo de Cristo. Que él te conceda abrir los surcos que aún te faltan»¹⁸. Y volviéndose a sus amigos repetiría lo que ingenuamente decía el célebre monje calígrafo de setenta años del monasterio burgalés de Berlangas: «El que no sabe escribir, piensa que esto no cuesta nada, pero sábetelo, yo te lo aseguro, que es un trabajo ímprobo. Quita luz a los ojos, encorva el dorso, tritura el vientre y las costillas, da dolor a los riñones y engendra fastidio en todo el cuerpo. Por eso, tú, lector, vuelve las hojas con cuidado, ten los dedos lejos de las letras, porque así como el granizo arrasa los campos, así el lector inútil destroza la escritura y el libro. ¿Sabes lo dulce que es para el navegante la arribada al puerto? Pues eso es para el copista el trazar la última línea»¹⁹.

Y luego al trazar esta última línea diría con su optimismo de siempre como el ingenuo monje Florencio: «Bendigo al cielo y a Dios, que me dejó llegar incólume al fin del libro. La labor del escriba es refección del lector. Aquel decae en su cuerpo, éste aprovecha en espíritu. Por tanto, tú, quienquiera que seas, que utilices las obras de este copista, no te desdeñes de rogar al Señor para que se olvide de sus iniquidades, y por tu oración recibirás el premio el día del juicio, cuando el Señor venga a dar a los justos la retribución merecida»²⁰.

Hermandad de las literaturas religiosa y profana

Pero dirá alguno: Hasta ahora sólo hemos hablado de libros religiosos. ¿Dónde está aquí la conservación de los clásicos? Para Casiodoro las letras profanas y las letras religiosas no formaban más

¹⁷ Div. Litt. Praefatio.

¹⁸ ZACARIAS GARCIA VILLADA, *Historia Eclesiástica de España*. Tomo III, pág. 348. Madrid, 1936.

¹⁹ *Ib.*, pág. 353.

²⁰ *Ib.*

que una unidad. Esto se deduce de su libro «Institución de las Divinas Letras». «Hora es ya, dice al final del prólogo, de venir al tan saludable esplendor del saber religioso, luz de las almas devotas, don celestial, y gozo que no ha de tener fin. Lo cual, como creo, va brevemente enunciado en los dos libros que siguen» ²¹.

¿Y qué contienen estos dos libros? «*Et scripturarum divinarum series, et saecularium litterarum notitia*» ²². El primero las letras Divinas, el segundo las letras profanas.

Dos razones tenía Casiodoro para unir así tan íntimamente las letras divinas y las humanas. Primera, que las letras humanas son una magnífica preparación para las letras divinas, como lo confirma la tradición de los Santos Padres. «Nunca han mandado los Santos Padres —dice— que se evite el estudio de las letras profanas; porque con ellas se instruye no poco nuestro espíritu para entender las Sagradas Escrituras —*quia exinde non minimum ad sacras scripturas intelligendas sensus noster instruitur...*» Muchos Santos Padres, instruídos en estas letras y fieles a la ley del Señor, llegaron a la verdadera sabiduría, como advierte San Agustín en el libro de Doctrina Cristiana con estas palabras: «¿No vemos con qué tesoros de oro, plata y vestidos preciosos salió cargado de Egipto Cipriano, el doctor suavísimo, el mártir dichosísimo? ¿Con cuánto Lactancio, con cuánto Victorino, Optato, Hilario?» Y nosotros podemos añadir: ¿Con cuánto Ambrosio, y el mismo Agustín y Jerónimo y muchos otros Griegos innumerables? *Nos addimus Ambrosium, ipsumque Augustinum, atque Hieronymum, multosque alios innumerabiles Graecos*». Esto hizo también el mismo fidelísimo Siervo de Dios Moisés; de quien está escrito que estaba instruído en toda la sabiduría de los Egipcios. A los cuales imitando nosotros, con toda circunspección y sin vacilar apresurémonos a abarcar si podemos ambas ramas del saber —*Quos nos imitantes, cautissime quidem ac incunctanter utrasque doctrinas, si possumus, legere festinemus*. Porque ¿quién se atreverá a dudar cuando preceden tantos ejemplos de tales hombres? —*Quis enim audeat habere dubium, ubi Virorum talium multiplex praecedit exemplum?*

«Por eso con todo empeño, con todo trabajo, con todos bríos

²¹ Div. Litt. Praefatio, al fin.

²² Ib.

estudiemos, para merecer llegar, con la gracia de Dios, al don tan grande de la sabiduría. Esto es lo saludable, lo provechoso, lo glorioso, lo permanente: lo que ni muerte, ni volubilidad, ni olvido ninguno nos puede arrebatarse, sino que en aquella suavidad de la patria, nos hará gozar con Dios de un gozo eterno. Y si para alguno de los hermanos (como observa Virgilio):

Frigidus obstiterit circum praecordia sanguis «el fuego del genio no arde en su mente»²³ de modo que sea incapaz de recibir una perfecta formación en las letras humanas y divinas —*ut nec humanis nec divinis litteris perfecte possit erudiri*— reciba siquiera el sostén de algunos conocimientos aunque sean medianos, y luego elija lo que sigue:

Rura mihi, et rigui placeant in vallibus amnes. «A mí me gustan los campos y los arroyos que riegan los valles». «Porque tampoco desdice de los monjes el cultivar la huerta, labrar los campos, y gozarse con la abundancia de los frutos.

«Y si quieren autores sobre este tema, de los huertos escribió magníficamente Gargilio Marcial, que expuso el valor nutritivo de las hortalizas y sus diversas cualidades: de modo que quien lee su obra, gracias a Dios, puede aprender cómo alimentarse y cómo curarse. Este libro os le he dejado entre los otros códices —*quem vobis inter alios codices reliqui*. Asimismo para el cultivo de los campos, el cuidado de las abejas y la cría de las palomas y aun de los peces sirven especialmente entre otros autores Columela y Emilianos. Columela se explaya en dieciséis libros con elocuencia y facilidad por las diversas ramas de la agricultura, más propio de gente formada que de gente inexperta: de modo que los aficionados a sus obras no sólo cosechan en abundancia frutos ordinarios, sino exquisitos. También Emiliano se explaya a su gusto en doce libros dando clarísimas normas para los huertos, el ganado y todas las otras cosas. También Dios quiso que os le pudiera dejar entre los demás para que le leáis y releáis —*quem vobis inter alios lectitandum (Domino praestante) dereliqui*.

«Estos frutos, cuando se preparan para los peregrinos y los enfermos se hacen celestiales, aunque parezcan que son terrenos. ¿Qué no es reanimar a los desfallecidos con dulces frutos, o nutrir-

²³ *Georg.* II, 484.

los con crías de paloma, o alimentarlos con peces y obsequiarles con la suavidad de la miel? Pues si el Señor manda dar en su nombre a los pobres hasta un vaso de agua fría, cuánto mejor no será dar a los distintos necesitados suavísimo alimento, por el que podáis recibir el día del juicio el debido fruto con multiplicado galardón? No debe descuidarse nada de cuanto pueda servir para ayudar a otros». ²⁴ *Non debet negligi undecumque potest homini probabiliter subveniri.*»

Pero volvamos a los Clásicos. La segunda razón que tiene Casiodoro para juntar las letras humanas con las divinas es que todos los recursos que aquellas enseñan están ya practicados en éstas. Más aún, que de las Sagradas Escrituras, como más antiguas, las aprendieron los maestros profanos. Por lo tanto, conocer los recursos de la palabra y del estilo, ayuda para entender mejor las mismas Escrituras. «Porque todo lo que las divinas Escrituras inventaron en estas cosas, se entiende mejor si se han estudiado antes. Porque consta que estas cosas se encuentran como en semilla en la fuente de la sabiduría espiritual, y que luego los Doctores de las letras profanas, las utilizaron con ingenio para formular sus reglas —*quae postea Doctores saecularium litterarum ad suas regulas prudentissime transtulerunt.*» ²⁵

«Así lo afirma San Agustín, —prosigue Casiodoro— en el libro tercero de la Doctrina Cristiana: «Sepan los literatos, dice, que nuestros autores han usado todos los modos de expresión que los Gramáticos llaman con el término griego de *tropos*». Y añade poco después: «Estos tropos, es decir, modos de expresión, los que los conocen, los reconocen en los libros santos... Y su conocimiento les sirve de alguna ayuda para entenderlos —*eorumque scientia ad eas intelligendas aliquantulum adjuvantur*». Lo mismo dijeron también otros Padres doctísimos, como Jerónimo, Ambrosio, Hilario: de modo que no tengo la presunción de inventar lo que no hago más que repetir —*ut nequaquam praesumptores huius rei, sed pedissequi esse videamur*». «Pero dirá alguno, insiste Casiodoro: En los salmos no se encuentran ni las partes del silogismo, ni los nombres

²⁴ De Instit. Div. Litt.

²⁵ In praefat. in Psalt.; cap. 25.

de las figuras, ni los vocablos de las disciplinas, ni otras cosas semejantes. Se encuentran a no dudarlo en la cosa, no en las palabras. Así como se encuentra el vino en la vid, la mies en la simiente, las hojas en la raíz, el fruto en las ramas, el árbol mismo en la semilla. Que cuando el Apóstol nos dice que no nos dejemos seducir por la vana sabiduría, no niega que se encuentren estas cosas en las letras divinas»²⁶.

«Sabed, pues, termina triunfante Casiodoro, sabed, Maestros de las letras profanas, que de aquí, de la Escritura, salieron las figuras, de aquí las definiciones, de aquí las enseñanzas de todas las disciplinas, cuando veis que se encuentran en estos libros lo que reconocéis que se dijo mucho antes de existir vuestras escuelas». ²⁷
—*quando in his litteris posita cognoscitis, quae ante scholas vestras longe prius dicta fuisse sentitis*».

Con esta ingenuidad y pureza de intención contemplaba Casiodoro el estudio de las letras profanas. Por eso «para que a los monjes que no pudieron antes estudiar esas letras no les pueda faltar nada ni en las artes ni en las disciplinas de las letras profanas, las hemos expuesto brevemente en un segundo volumen; para que a los varones sencillos les sirva también la pericia de las letras profanas —*ut simplicibus viris famuletur etiam mundanarum peritia litterarum*,— que fuera de algunas cosas añadidas por algunos doctores, se sabe que salieron de las escrituras divinas —*quae praeter additamenta quorundam doctorum, a scripturis cognoscitur esse progressa*.»²⁸

Casiodoro, profesor de clásicos

Pero el culto y noble Abad no se contentó sólo con escribir para sus monjes los textos de las siete artes liberales —gramática, retórica, dialéctica, aritmética, música, geometría, astronomía— sino que imitando el ejemplo del gran San Jerónimo se puso a enseñárselas él mismo a los religiosos jóvenes. El ilustre Benedictino P. Garet, que editó todas las obras de Casiodoro, exclama admira-

²⁶ *In Praefat. in Psalt.*; cap. 29.

²⁷ *In Psalmum 23.*

²⁸ *Div Litt.* c. 21,

do: «Es tan estupendo, que casi no lo creería en la edad y dignidad de Casiodoro. ¿Quién iba a pensar que un viejo se iba a entretener en enseñar literatura a unos monjes jóvenes? ¿Que un Abad de tanta fama, tan célebre, se iba a poner a enseñar de oficio las humanidades —*scientias humaniores publice docendas suscepisse?* ¿Que un hombre agobiado por tan múltiples ocupaciones, por facilitarles a los hermanos el camino de las letras —*quo facilius ad litteras fratribus sterneretur via*— publicó comentarios al gramático Donato, y escribió libros de ortografía, de gramática, de retórica, de dialéctica, y llamó a su lado a Dionisio el Exiguo, como compañero de magisterio para la enseñanza de la filosofía? Ciertamente que nos parecería increíble, concluye el P. Garet, si no supiésemos cuánto quiso siempre que reinasen las musas en su Monasterio este varón tan benemérito de las letras humanas, y cuánto anteponía a todo lo demás el aprovechamiento de sus discípulos este varón tan amante del prestigio del Monacato.»²⁹

Lo que sería Casiodoro lo podemos deducir por la semblanza que él nos hace de su fiel compañero: «Produce también hoy, nos dice, la Iglesia Católica hombres ilustres, que brillan con el resplandor de la ciencia. De nuestros tiempos es el Monje Dionisio, escita de nacimiento, pero por sus costumbres totalmente romano, muy versado en ambas lenguas, y que sabía dar a sus acciones el equilibrio que había aprendido en los libros del Señor. Había estudiado y penetrado con tanta curiosidad en las Sagradas Escrituras, que por donde quiera que le preguntasen tenía preparada —sin más esperar— la competente respuesta. *Qui mecum Dialecticam legit, que explicó la dialéctica conmigo, et in exemplo gloriosi magisterii plurimos annos vitam suam (Domino praestante) transegit*— y pasó, con la gracia de Dios, muchos años de su vida dando el ejemplo de un glorioso Magisterio. Me avergüenza decir de un colega lo que en mí no puedo encontrar. *Pudet me de consorte dicere, quod in me nequeo reperire*. Porque había en él con la sabiduría una gran sencillez, con la doctrina humildad, con la facundia la parquedad en el hablar, sin preferirse en nada ni a los últimos criados, cuando era digno sin duda del trato de los reyes... Tenía tal dominio del

²⁹ *Cassiodori Opera Omnia*, Rotomagi M. DC., LXXIX, Vitae p. 21.

griego y del latín, que cuantos libros griegos cogía en las manos iba pasando sin tropezar al latín, y al revés los latinos al griego; de modo que creerías que estaba escrito lo que con tan expedita velocidad iban sus labios pronunciando. Interceda por nosotros, quien con nosotros acostumbraba a orar.»³⁰

Ahora comprendemos perfectamente que en la Biblioteca del Monasterio Vivariense procurase el gran Abad reunir por igual libros de literatura profana y literatura religiosa «*ne quid sanctissimae instructioni vestrae necessarium deesse videretur*, para que no parezca que os falta nada necesario para vuestra santísima formación»,³¹ o como dice en otro sitio, «*ne more humanitatis nos aliquid necessarium praetermississe videamur*, no sea que parezca que hemos dejado de hacer nada de lo que pedía la cultura y la generosidad».³²

«Así sé que os dejo en mi Biblioteca los comentarios de Mario Victorino a la Retórica de Cicerón —*quorum commenta a Mario Victorino composita, in Bibliotheca mea vobis reliquisse cognoscor*».³³

«Quintiliano también, Doctor egregio, que después del torrente de Tulio fué especialmente capaz de cumplir lo que enseñaba, cogiendo al hombre bueno —perito en el decir— desde su primera edad, enseñó la manera de formarle por todas las artes y disciplinas de las nobles letras. Los dos libros de Cicerón sobre el Arte retórica y los doce de las Instituciones de Quintiliano creí que debían ir juntos, para que sin que el códice resultase demasiado grande, pudiesen estar siempre los dos a mano cuando hagan falta».³⁴

«A Fortunaciano, Doctor reciente, que en tres volúmenes trató con gran agudeza y detalle de este tema, le he reducido, espero que con acierto, a tamaño de bolsillo —*in pugillare codice redegitimus*— con lo cual no cansa al lector y da suficientemente todo lo que se necesita. Lea éste quien guste de la brevedad, pues si bien es verdad que su obra no se extiende por muchos libros, no lo es

³⁰ Div. Litt., 23.

³¹ Ib. c. 14.

³² Ib. 15.

³³ De Rhetorica.

³⁴ Ib.

menos que en muchas cosas aguza y se detiene demasiado. Todos estos códices los encontraréis reunidos con su prólogo formando un solo cuerpo». ³⁵

«Todos estos puntos de filosofía se tratan con todo detalle en el libro mencionado de Aristóteles. Básteme a mí una breve indicación ya que en él se encuentra todo explicado. Sobre todo, sabiendo que lo tiene comentado en seis libros el magnífico Boecio, que os queda entre los demás códices —*qui vobis inter alios codices est relictus*». ³⁶

«Si alguno desea conocer más plenamente los modos de los silogismos hipotéticos, lea el libro de Mario Victorino intitulado «de los silogismos hipotéticos». Sépase también que Tulio Marcelo el Cartaginense trató breve y sutilmente en siete libros, lo que diversos filósofos han expuesto amplísimamente sobre los silogismos categóricos e hipotéticos... Este códice os le dejo también para que le leáis —*quem codicem vobis legendum reliqui*». ³⁷

«Escribió el Santo Padre Agustín seis libros de música... También Censorino escribió sutilmente de los acentos propios de nuestra lengua, diciendo que era parte de la ciencia musical. Os le dejo transcrito entre los otros códices —*quem vobis inter caeteros transcriptum reliqui*». ³⁸

«De Astronomía escribió Séneca un libro con orientación filosófica intitulado «De la forma del mundo». También os le dejo para que le releáis —*quem vobis item relinquimus relegendum*». ³⁹

La ortografía del copista

«Si alguno quisiera acaso leer en su propio texto a los autores de Ortografía, los encontrará transcritos, pues yo, cuantos he podido encontrar con la gracia de Dios, los dejo a mi monasterio —*quos ego, quantos potui reperire, monasterio meo, praestante Domino, dereliqui*». ⁴⁰

³⁵ De Rhetorica.

³⁶ De Dialectica.

³⁷ De Dialectica.

³⁸ De Musica.

³⁹ De Astronomía.

⁴⁰ De Orthographia, Praefatio.

«Pudiera añadir a los autores anteriores de Ortografía: a Aquila, a Quintiliano, a Avito... que esperamos que están para venir en el nombre de Cristo de un día para otro —*quos tamen venturos in Christi nomine celerrime sustinemus*». ⁴¹

¡Animo, pues, y a leer, gozosos de que hayan llegado hasta vosotros tantos autores antiguos... *Nunc animos legentes erigite, et gaudete tantos ad vos priscos pervenisse auctores!*... Adiós, hermanos, y tened la bondad de acordaros en vuestras oraciones de mí, que entre otras cosas os he enseñado brevemente la buena ortografía y la recta puntuación, cosas tan preciosas, —*quae nimis pretiosa cognoscitur*— para la mejor inteligencia de las Sagradas Escrituras, y os he preparado tantísimas cosas —*copiosissime legendo praeparavi*—; para que así como yo he querido secuestraros del número de los indoctos —*quatenus sicut ego vos ab imperitorum numero sequestratos esse volui*— así no permita la virtud divina que nos juntemos con los malvados en un mismo sufrir». ⁴²

Así cierra el Santo Abad su libro de Ortografía, código de su escuela de monjes copistas. «¿De qué nos vale, le dijeron un día sus monjes, saber lo que hicieren los Antiguos o lo que vuestra industria ha procurado añadir, si desconocemos por completo cómo lo debemos escribir? —*si quemadmodum ea scribere debeamus, omnimodis ignoramus?*» ⁴³

«¡Glorioso estudio de veras —replicó el gran Abad—, y oportuno para las letras divinas y humanas, escribir correctamente lo que se ha de hablar, y pronunciar sin ningún titubeo lo que está escrito! —*Gloriosum profecto studium, et humanis ac divinis litteris (ut videtur) accommodum, quod loqui debeas competenter scribere, et quae scripta sunt, sine aliqua erroris ambiguitate proferre*». ⁴⁴

«Es que la ortografía entre los griegos casi nunca ofrece dudas, pero entre los latinos queda expuesta a arduas dificultades, —*inter Latinos vero sub ardua difficultate relictas monstratur*. De modo que aun ahora requiere mucho estudio en el lector —*unde etiam*

⁴¹ De Orthographia, 12.

⁴² De Orthographia, fin.

⁴³ Ib. Praefatio.

⁴⁴ Ib.

modo studium magnum lectoris inquirit». ⁴⁵ «Pero en los autores que os he recogido y resumido, si los leéis con diligencia, se os disiparán todas las oscuridades e ignorancias. Y lo que hasta hoy no se sabía, quedará en gran parte sabidísimo —*ut quod hactenus ignoratum est, habeatur ex maxima parte notissimum*». ⁴⁶

«Vosotros, pues, que os distinguís por el conocimiento de las letras divinas y humanas, sois los pocos y entendidos que deben preparar lo que necesita la comunidad sencilla y menos erudita —*Vos igitur, qui divinarum et saecularium litterarum cognitione polletis... a paucis enim doctisque faciendum est, quod simplici et minus erudite congregationi noscitur esse praeparandum*. Por eso transcribid y corregid los manuscritos con todo cuidado, no os puedan echar en cara con razón que os habéis lanzado a corregir precipitadamente. «Este modo de copiar y corregir, para mí es algo grande, y empresa gloriosa de hombres sabios —*Istud enim genus emendationis (ut arbitror) valde pulcherrimum est, et doctissimorum hominum negotium gloriosum*». ⁴⁷

«Os pido a los que tengáis el oficio de correctores, que lo que añadís al manuscrito esté en tan hermosa letra —*litteras ita pulcherrimas facere studeatis*— que parezca más bien escrito por los Anticuarios o copistas. Porque en aquella elegancia no conviene que haya nada feo, que pueda ofender luego la vista de los estudiosos —*quod postea studiosorum oculos videatur offendere*— Considerad, pues, cuál es la causa que os han encomendado: la utilidad de los Cristianos, el tesoro de la Iglesia, la luz de las almas —*Considerate igitur qualis vobis causa commissa sit: utilitas Christianorum, thesaurus Ecclesiae, lumen animarum*. Procurad, pues, que no quede mentira en la verdad, falsedad en la pureza, ni imperfección de letra en la perfección». ⁴⁸

A Casiodoro le gustaba la perfección en todo. *Sed ut in his omnibus addere videaris ornatum*. Pero para que en todo se vea que buscas lo mejor... había dicho a sus monjes copistas. Y como quería que fuesen sus monjes, así era él: en todo le vemos buscando lo

⁴⁵ Div. Litt. Praefatio, al fin.

⁴⁶ Div. Litt. 30.

⁴⁷ Div. Litt. 15.

⁴⁸ Ib.

mejor. No le basta el códice perfectamente escrito y perfectamente corregido. Ha de estar también perfectamente encuadernado.

«Hemos añadido también, nos dice, artistas entendidos para la encuadernación de los códices, para que a la hermosura de las letras sagradas responda una cubierta digna —*ut litterarum sacrarum pulchritudinem facies desuper decora vestiret*— imitando tal vez en alguna manera aquel ejemplo de la parábola del Señor, que a los que quiso invitar a la cena, los vistió en la gloria del celestial convite con la estola nupcial. Para ellos hemos dejado un libro de muestras donde están grabadas debidamente (si no me engaño) multitud de cubiertas de distintas clases —*Quibus multiplices species facturarum in uno codice depictas (ni fallor) decenter expressimus*— para que los estudiosos puedan escogerse la forma de encuadernación que más prefieran —*ut qualem maluerit studiosus tegumenti formam ipse sibi possit eligere*. Les hemos preparado también para las vigiliias de la noche unas luces mecánicas —*Paravimus etiam nocturnis vigiliis mechanicas lucernas*— conservadoras de la brillante llama, que ellas por sí mismas alimentan, de modo que sin necesidad de que se las cuide, conservan por mucho tiempo el intenso brillo de su abundante luz, por no faltarles el cebo del aceite, aunque estén continuamente encendidas sus ardientes llamas.

«Pero ni siquiera la manera de contar las horas hemos sufrido que ignoraseis —*Sed nec horarum modulos passi sumus vos ullatenus ignorare*— vosotros en modo alguno, ya que su invento, como es sabido, redundaba en grande utilidad del género humano. Por eso os he hecho un reloj de sol —*Quapropter horologium vobis unum, quod solis claritas indicet, praeparasse cognosco*— y otro de agua, que señala las horas del día y de la noche, porque con frecuencia falta algunos días la luz del sol —*alterum vero aquatile, quod diu noctuque horarum jugiter indicat quantitatem*».

«Todo esto se os ha procurado para que los soldados de Cristo, advertidos por estas fieles señales, acudan a trabajar en la obra divina, como llamados por la voz del clarín. *Haec ergo procurata sunt, ut milites Christi certissimis signis admoniti, ad opus divinum exercendum, quasi tubis clangentibus evocentur*»⁴⁹.

⁴⁹ Div. Litt., 30.

Dos cosas pedía el santo y sabio Casiodoro al morir a los 96 años. A Dios que diese a sus lectores mucho aprovechamiento —*Praesta Domine legentibus provectum*—⁵⁰. A sus sucesores los santísimos Abades Calcedonio y Geroncio que no amasen la ociosidad, que sabían era odiosa al Señor —*Vos autem viros sanctissimos Abbates Chalcedonium et Geruntium deprecor: Nolite amare desidiam, quam Domino cognoscitis odiosam* ⁵¹.

Multiplicación del monasterio colmena

Hemos visto la organización del Monasterio Vivariense en colmena cultural y científica. Monasterio tipo si se quiere, pero que no era más que uno de tantos entre los tantísimos diseminados por toda la superficie de Europa en la Edad Media. ¿Quién los podría contar? Sólo en medio España —la España liberada de los moros cuando la reconquista de Toledo— calcula el P. Zacarías Villada «mil monasterios con unos 30.000 monjes para una población que seguramente no pasaría de los dos millones de habitantes» ⁵².

Multipliquemos ahora la actividad de un solo monasterio, el Vivariense, por estos mil y por otros miles de otras naciones y tendremos cómo pudo conservarse la cultura antigua a través de todas las devastaciones de la Edad Media, refugiada cuándo en uno, cuándo en otro de estos monasterios que lograba quedar ileso de la general devastación para irradiar de nuevo su luz a los restaurados conventos. ¡Y ciertamente que todo era poco!

«*Sed hoc jah! jah! nobis restat lugendum*— exclamaba el emperador Otón III al ver su rica biblioteca quemada por los Húngaros: «¡Lo que nos ha dejado ¡ay! que llorar ese incendio! Esa multitud de libros inexplicable, irrecuperable, que ha perecido! —*inexplicabilis et irrecuperabilis copia periit librorum*». ⁵³ La crónica Anglo-Sajona nos conserva este otro dato de las terribles devastaciones de Inglaterra por los Normandos y Caneses: «Se llevaron tanto oro y

⁵⁰ Ib. 33.

⁵¹ Ib. 32.

⁵² *Historia Eclesiástica de España*, III, p. 304.

⁵³ Cfr. SANDYS, *History of Classical Scholarship*, I, p. 515, nota 7.

plata y tantos tesoros en dinero y en vestidos y en libros, como ningún hombre pudiera contar a otro». ⁵⁴

Esta fué la suerte de la casi totalidad de los Monasterios en aquellos azarosos tiempos que van del siglo v al siglo xii en que quedaron ya asentadas casi todas las nuevas nacionalidades de Europa. «De 772 autores latinos conocidos, sólo 114 sobreviven en sus obras. De estos, 64 han perdido en el camino la mayor parte de sus obras; 43 quedan con la mayor parte de sus escritos, y sólo 37 con prácticamente todos. Estos dos últimos grupos incluyen casi todos los mejores poetas» ⁵⁵. Es decir, que prácticamente se ha perdido casi el noventa por ciento. Y el diez por ciento que nos queda se lo debemos a aquellos abnegados monjes, que como el Emeterio zamorano de Tábara podía exclamar: ¡Oh torre tabarense, alta y de piedra! ¡Oh celda donde Emeterio estuvo tres meses sentado y encorvado y donde la pluma quebrantó todos mis miembros!... Este libro se acabó el día 27 de julio del año 970 a las cuatro de la tarde» ⁵⁶. Se debe a aquellos maestros de copistas que como el monje Magio merecía estas alabanzas de su discípulo Emeterio: «¡Oh varón verdaderamente dichoso que yace enterrado en los claustros. Deseaba ver este volumen terminado y encuadernado. Este era Magio, presbítero y converso, archipintor (o Director de pintores) honesto. Dejó la labor comenzada para unirse perennemente con Cristo, el día de San Fausto, 29 de noviembre de la era 1006 (año 968).

«Queriendo los monjes terminar el libro fuí llamado por ellos yo, Emeterio, que había sido discípulo de Magio, también presbítero, para que en el monasterio Tabarense, y a la sombra de San Salvador, lo acabase. Trabajé en él desde las Kalendas de mayo (1 de mayo) hasta el sexto día de las Kalendas de agosto (27 de julio). Ese día tomé puerto con mi libro y todo su magisterio. Ojalá que mi maestro me alcance la corona eterna con Cristo». ⁵⁷

Se lo debemos a aquellos diligentes Abades dignos sucesores de Casiodoro, que como el Obispo de Clermont, Apolinar Sido-

⁵⁴ Ib. p. 518.

⁵⁵ Ib. p. 617, nota 1.

⁵⁶ VILLADA, *Historia Ecclesiástica*, III, p. 352.

⁵⁷ Ib. p. 352.

nio, sabiendo que un monje había pasado por la ciudad camino de Inglaterra con un misterioso manuscrito, corre tras él a uña de caballo, y no descansa hasta que le tiene copiado por sus secretarios dictándose él mismo ⁵⁸. Como el Abad de S. Martín de Tours, el célebre Alcuino, que escribió en un Epigrama para el Museo de Copistas: «*Fodere quam vites melius est scribere libros*— Escribir libros es mejor que cultivar las vides». ⁵⁹

Como el Abad de Ferrières, Servato Lupo, que presta y pide prestados códices con un afán infatigable. Ya manda un monje de disposición a Fulda para pedir al Abad una copia de Suetonio «en dos volúmenes de tamaño moderado, que puede traer él mismo o mandar por un intermediario de confianza», ya pide al Arzobispo de Tours que le mande una copia del comentario de Boecio a los *Tópicos* de Cicerón; ya escribe al Abad de York que le preste las Cuestiones sobre el Antiguo y Nuevo Testamento atribuidas a San Jerónimo por Casiodoro, lo mismo las de Beda, el libro séptimo y siguientes de S. Jerónimo sobre Jeremías, y los doce libros de las *Instituciones* de Quintiliano. No contento con pedir libros al cercano monasterio de Fleury y a otros monasterios de Francia, y aun a Fulda y a York, escribe hasta a Roma. Al Papa Benedicto III acude en la mitad del siglo IX por los libros indicados de S. Jerónimo y por ciertos manuscritos del *de Oratore* de Cicerón y de Quintiliano, que había él enviado a Roma, «el último en un solo tomo de regular tamaño». Añade que su monasterio poseía ya parte de las dos últimas obras, y termina pidiendo le presten los comentarios de Donato sobre Terencio». ⁶⁰

Como el de San Galo que escribe al Obispo de Sión en el Alto Garona que el Abad de Reicheman se ha llevado prestada la copia del Obispo de la *Primera Filípica* de Cicerón y el comentario de los *Topica*, dejando como fianza la *Retórica* de Cicerón y de Victorino; e indicando al Obispo que si quiere más libros tiene que mandarle más pergamino y dinero para los copistas». ⁶¹

⁵⁸ SANDYS, Ib. I. p. 245.

⁵⁹ Ib. p. 473.

⁶⁰ SANDYS, I, p. 487.

⁶¹ Ib. p. 519.

Como el Abad de Corvey, que en el siglo XII pide al Abad de Hildesheim, en Alemania, *Tullii libros*, los libros de Cicerón, con estas significativas palabras: «Ni podemos sufrir que aquel noble genio, aquella maravillosa inventiva, aquella tan grande elegancia de ideas y palabras perezcan en el olvido y en la incuria— *oblivione et negligentia depereant*; sino que todas sus obras cuantas puedan encontrarse, queremos juntarlas en un solo tomo». Y en contestación recibe de Hildesheim las Filípicas, el *De Lege Agraria* y las *Cartas* ⁶² con esta postdata del Abad: «Aunque desees tener los libros de Tulio, veo que eres un cristiano y no un Ciceroniano. Vas al campo del enemigo no como desertor, sino como espía. Por eso quiero mandarte los libros de Tulio que tenemos *De Re Agraria*, *Filípicas* y *Epístolas*; sólo que no es nuestra costumbre prestar libros a nadie sin una buena fianza. Mándanos, pues, las *Noches Aticas* de Aulo Gelio y el tratado sobre el *Cantar de los Cantares* de Orígenes». El otro Abad le contesta en el mismo tono, asegurando al Prior que Cicerón no es el plato principal de su comida, sino sólo le sirve de postre, y mandándole Orígenes, y a falta de Gelio, un libro de Tácticas. ⁶³

La diatriba de S. Gregorio el Magno

Un problema importante se nos presenta aquí. ¿Gozaron siempre los clásicos del mismo honor en la fuertemente ascética Edad Media? ¿No hubo momentos en que se oscureció la trayectoria de la tradición, legada por los Santos Padres y cuidadosamente transmitida por Casiodoro? Lo que el cuerpo es al espíritu, eso serían los clásicos paganos para aquellos ascetas simplistas y espiritualizados. Pero así como los más rigurosos ascetas no pueden matar el cuerpo, porque el hombre viejo tiene que llevar al nuevo, así tampoco pueden matar los clásicos, porque sobre su formación se asienta la formación superior teológica y escriturística. Por eso encontramos a veces esa especie de dualidad que se encuentra en los ascetas que predicán el odio al cuerpo mientras tienen que alimentar y atender al mismo cuerpo.

⁶² Ib. p. 649.

⁶³ Ib. p. 629.

San Isidoro, espigando para su obra de las *Sentencias* en los *Morales* de S. Gregorio el Magno, nos ha conservado esta diatriba de aquel Papa contra los libros gentiles, transcrita casi a la letra: «...No leer las ficciones de los poetas, para que con el atractivo de la fábula no se mueva el ánimo a liviandad. Porque no sólo se hace sacrificio a los demonios ofreciendo incienso, sino también oyendo gustosamente los decires que ellos inspiran. Hay quien desprecia las Sagradas Escrituras por lo humilde de su elocución, y prefiere deleitarse en las obras de los gentiles, cuyo elegante estilo engañosamente los atrae. ¿Pero de qué sirve adelantar en las doctrinas mundanas, y olvidar las divinas, seguir caducas ficciones y hastiarse de los celestiales misterios? Las palabras de los gentiles exteriormente brillan por la elocuencia; pero interiormente están vacías de virtud y sabiduría. Las palabras de los sagrados libros, aunque exteriormente desaliñadas, brillan con la interna luz de los misterios. La enseñanza divina tiene fulgor de sabiduría y de verdad, encerrada bajo tosca envoltura. En humilde estilo se compusieron los libros santos, para que no la elegancia de los vocablos, sino la manifestación del Espíritu, llevase a los hombres a la verdad (I Cor. II, 4). Porque si hubiesen sido tejidos con agudeza dialéctica o exornados con las flores de la retórica, no habría parecido que la fe de Cristo se fundaba en la virtud de Dios, sino en los argumentos de la elocuencia humana... Toda la doctrina del siglo resonante de palabras espumosas y túrgidas, queda vencida por la doctrina sencilla y humilde de Cristo, porque *Dios hizo necia la sabiduría de este mundo*. A los fastidiosos y locuaces paréceles indigna la sencillez de las Divinas Escrituras, comparada con la elocuencia de los gentiles. Pero si con ánimo humilde considerasen los misterios, advertirían cuán excelsas son las cosas que ellos desprecian. En la lectura no hemos de buscar las palabras, sino la verdad, porque muchas veces es verídica la sencillez, y, por el contrario, compuesta y adornada la falsedad, que atrae al hombre con el cebo de los errores, y le enreda en dulces lazos con el ornamento de las palabras. No hace otra cosa el amor de la mundana sabiduría sino engreír al hombre, y cuanto mayor fuere su literatura, tanto más crecerá la arrogancia de su ánimo. Por eso se canta en los Salmos: *Quoniam non cognovi litteraturam, introibo in potentias Domini* (Salmo LXX, 15). Huyamos pues de los afeites del arte gramatical, porque engendra en los hombres perni-

ciosa altivez. Con todo eso, peores son los herejes que los gramáticos, porque los hombres propinan a los hombres el jugo letal, al paso que la doctrina de los segundos puede aprovechar para la vida humana, siempre que se aplique a rectos usos»⁶⁴.

«A este pasaje—dice Menéndez y Pelayo—que hubiera regocijado al abate Gaume, y que, entendido en términos literales, llevaría consigo la absoluta condenación, no ya del arte antiguo, sino de todo arte, pláceme oponer esta otra sentencia de San Isidoro en sus *Cuestiones sobre el Exodo*. Es, por decirlo así, la síntesis de la famosa homilía de San Basilio sobre la utilidad que puede sacarse de los escritores antiguos: «¿Qué prefiguraron los israelitas al llevarse el oro y la plata y las vestiduras de los egipcios, sino el estudio que hemos de poner en las obras de los gentiles y la utilidad que podemos sacar de ellas?»⁶⁵.

«Comparetti —prosigue Menéndez y Pelayo— hace notar, sobre estas palabras de S. Gregorio Magno copiadas por S. Isidoro, que pasaron a la colección canónica de Graciano, dist. 37; pero que ni ellas ni otras anteriores del IV Concilio cartaginense, canon XVI, siglo v, fueron entendidas nunca a la letra, sino que tuvieron valor más bien de consejo y de advertencia que de una ley encaminada directamente a prohibir el estudio de los autores antiguos, puesto que no se establece sanción alguna y todo se remite a la conciencia. «El mismo S. Isidoro —añade Comparetti— prueba con el ejemplo de sus *Etimologías* —obra tejida casi toda con sentencias y noticias de los libros gentiles— qué interpretación daba a lo que escribió en las *Sentencias*.» Comparetti, a quien ciertamente no se tachará como parcial de la Iglesia Católica, dice que «la enemistad de San Gregorio el Magno hacia los estudios profanos ha sido exagerada por muchos escritores, que por no haber hecho estudio especial de la Edad Media, no han comprendido el verdadero valor y el peso real de ciertas expresiones».... Cita luego, aunque no con mucho elogio, la tesis de Leblanc: «*Utrum Gregorius Magnus litteras humaniores et ingenuas artes odio persecutus sit.*» (París, 1852), escrita con criterio católico»⁶⁶.

⁶⁴ Traducción de MEN. Y PELAYO. *Ideas Estéticas* I, 41-3.

⁶⁵ Ib. p. 46.

⁶⁶ Ib. p. 45, nota.

Por lo demás, las palabras de S. Gregorio más que una invectiva contra los autores clásicos es una apología de las Sagradas Escrituras contra la dificultad que en otro tiempo impresionó también a S. Agustín y a S. Jerónimo, y es su sencillez de estilo. Porque de los autores clásicos y la doctrina de los gramáticos dice expresamente *que puede aprovechar para la vida humana, siempre que se aplique a rectos usos: Grammaticorum autem doctrina potest etiam proficere ad vitam, dum fuerit in meliores res assumpta*.

En este mismo espíritu está inspirada la Regla de los monjes atribuída a S. Isidoro. «Todos los códices —dice— los tenga guardados el bibliotecario (que era asimismo el jefe del escritorio). Todos los días, a primera hora, reciba cada hermano uno, y después de haberlo leído y tratado juiciosamente, devuélvalo por la tarde. Al que pidiere el código fuera de tiempo, no se le dé. Si no entendiere alguno lo que leyere, pregúntelo en la colación común o al abad por la noche. Leído lo que no se entiende, escuchen él y los demás la explicación, mientras se expusiere. Guárdese el monje de leer los libros de los gentiles y de los herejes, pues más vale ignorar sus doctrinas perniciosas que, conociéndolas, caer en algún error. *Gentilium libros vel hereticorum volumina monachus legere caveat; melius est enim eorum pernicioso dogmata ignorare, quam per experientiam in aliquem laqueum erroris incurrere*»⁶⁷.

«Esta última prescripción, comenta el P. Villada, es de suma trascendencia, porque ella nos explica por qué son tan escasas en los escritores medievales las obras de los clásicos griegos y latinos, y por qué ha perecido toda la literatura arriana y judía del período visigodo. Conforme a este mandato, los escribas se dedicaban a copiar principalmente la Biblia y las obras canónicas, litúrgicas, teológicas y ascéticas de los escritores eclesiásticos»⁶⁸.

El Monje de Aurillac

Una interesante anécdota contada por el mismo P. Villada nos indicará que los clásicos nunca perdieron aquella posición de «pa-

⁶⁷ VILLADA, *Historia Eclesiástica*, III, p. 342. Men. y Pel. Ideas Estéticas, p. 44.

⁶⁸ VILLADA, *Historia Eclesiástica*, III, p. 343.

jes» de la Escritura en que los conocimos en el Monasterio de Casiodoro.

«Es el viaje de Gerberto, monje de Aurillac, más tarde Papa Silvestre II, a la Marca Hispánica el año 967, con el fin de dedicarse al estudio. Se trata de uno de los episodios más interesantes en toda la historia literaria medieval. He aquí cómo lo cuenta Recherio, monje de San Remigio de Reims, que fué discípulo suyo.

«Gerberto —dice—de origen aquitano, fué educado desde niño en la Gramática en el cenobio del Santo confesor Gerardo. Estando en su juventud, acertó a ir al dicho cenobio, a orar, el Conde de la España Citerior, Borell. Recibióle el abad muy afablemente, y al cabo de algunas conversaciones, le preguntó si en España había hombres expertos en las artes liberales. Contestó el conde que sí; y entonces le rogó el abad que llevara consigo a alguno de sus monjes, para que fuera instruído en dichas artes. El duque accedió a la demanda, y con la aprobación de los hermanos se llevó consigo a Gerberto y se lo entregó a Atón, obispo de Vich, para que lo instruyera. Mas, queriendo la Divina Providencia iluminar a la Galia, sumida a la sazón en tinieblas, inspiró a dichos duque y obispo el que emprendieran un viaje a Roma para orar. Preparadas las cosas necesarias, se pusieron en camino, acompañados del joven Gerberto. Llegados a Roma, se fueron a visitar al Papa. No se ocultaron a éste la disposición del joven para el estudio y su decidido empeño de aprender. Y como entonces se ignoraban por completo en Italia la música y la astronomía, mandó el Papa decir a Otón, rey de Alemania e Italia, por medio de un legado, que había venido allí un joven que conocía perfectamente las matemáticas y podía enseñar a los suyos con competencia».

«De estas palabras se deduce que a mediados del siglo x, cuando en la Galia y en Italia se desconocían por completo la Música y las Matemáticas, florecía en Vich una escuela famosa en estas materias —la mejor, tal vez de Europa— en la que se formó con gran provecho Gerberto.

Los maestros oficiales del monje de Aurillac fueron el obispo de Vich, Atón, y el de Gerona, Mirón, por sobrenombre Bonfilio. Pero, ocupados estos prelados en el gobierno de sus diócesis, lo más probable es que encomendaran la instrucción directa de Gerberto a los monjes de Ripoll. Desde luego, ellos ni tenían tiempo

ni medios suficientes para la enseñanza. Consta por el testamento de Mirón que su librería era muy pobre; y la catedral de Vich, según un inventario de 957, contenía 53 volúmenes; pero, salvo un Virgilio y un Horacio, los demás eran códices bíblicos, litúrgicos y patrísticos. Muy otra era entonces la riqueza de la biblioteca rivipulense. El catálogo hecho unos lustros más tarde, en 14 de marzo de 1047, consigna 246 manuscritos. Lo más notable de este catálogo es que está dividido en dos secciones una de las cuales lleva por título: *Libri Artium: Libros de las Artes Liberales*. En esta sección se mencionan 4 ejemplares de Donato, 2 de Prisciano, otros 2 Priscianellos (Priscianos Menores), 2 Virgilios, 3 Sedulios, las obras de otros poetas latinos y varios tratados sobre Lógica, Agrimensura, Matemáticas y Música.

«Repasando las obras de Gerberto, se echa de ver que para componerlas se sirvió de los libros estudiados en Ripoll. Efectivamente. En su tratado *De Geometría*, utiliza las instituciones de Boecio, su Comentario a las Categorías de Aristóteles, la exposición de Macrobio al Sueño de Escipión, de Cicerón; las Etimologías de San Isidoro, los soliloquios de San Agustín, el Arte métrico de Toda y un cuerpo de tratados de Agrimensura. Pues bien: todas estas obras se hallaban en la librería rivipulense.

«El paralelismo entre los manuscritos del monasterio catalán y los empleados por Gerberto en sus prelecciones, tenidas en la ciudad de Reims, es aún más chocante. A este propósito dice su discípulo Richerio: «Recorriendo ordenadamente la Dialéctica, la explicó con frase muy lucida. Ante todo, expuso las Isagoges de Porfirio, esto es, sus Introducciones, según la versión del retórico Victorino; luego, las Categorías, o sea, el libro de los Predicamentos de Aristóteles, según Maulio (Boecio); después las Periermeneias, o sea, la Interpretación de los libros; a continuación los Tópicos, es decir, las bases de los argumentos, vertidos del griego al latín por Tulio, y aclarados por Maulio en seis libros. Tras estos trabajos, queriendo abrir a sus discípulos el campo de la Retórica, utilizó los poetas, comentando a Marón (Virgilio), Stacio, Terencio, Juvenal, a los satíricos Persio y Horacio y al historiador Lucano».

«Todo este abundantísimo aparato bibliográfico utilizado por Gerberto en su cátedra de Reims, existía completo en la biblioteca de Ripoll, según el catálogo mencionado.

«Allí se encerraban también un libro de Astrolabio, base del escrito sobre el mismo tema por el monje de Aurillac, y otro célebre misceláneo con tratados de Música, Agrimensura, Números, Astronomía y Matemáticas, que están relacionados con la obra de la *Multiplicación y División de los Números*, de un tal *Josephus Hispanus*, quizás Jusuf b. Harun el-Kindi Abu Omar, poeta y sabio árabe que vivía en Córdoba el año 984.

«Gerberto, no sólo se formó sólidamente artes en las liberales en la Marca Hispánica, sino que además fué un entusiasta propagador de la ciencia en ella adquirida. En Reims, donde ejerció su magisterio, y en el monasterio de Bobbio, que gobernó por algún tiempo, difundió lo aprendido en las escuelas catalanas, deshaciéndose en elogio de ellas y conservando comunicación íntima y constante con sus maestros y condiscípulos. Cuando a raíz de su salida de España, en 970, tuvo Gerberto una disputa científica con Otrico ante el Emperador Otón II, sorprendió a todos por saber de memoria el Comentario entero de Boecio y las Isagogés de Porfirio. Esta disputa puso de manifiesto sus profundos conocimientos y la bien merecida fama de la escuela en que se había formado»⁶⁹. Tal era el hombre destinado por la Providencia para ser Papa en aquellos «*dira et miseranda tempora*», como él mismo dice, *tiempos terribles y lamentables*, en el temible año mil, en que se temía el fin del mundo, una de las épocas más tenebrosas de la Edad Media.

Producción y devastaciones

246 manuscritos dice que tenía en el siglo X el Monasterio de Ripoll. Los catálogos de los siglos XII y XIII atribuyen al Monasterio de Cluni 1.000 volúmenes⁷⁰. La Biblioteca Italiana de Novalesca contenía más de 6.000 en 906, cuando tuvieron los monjes que passarse a Turín por miedo a los Sarracenos⁷¹. Cuando en 1623 tomó Hilly Heidelberg, pudieron presentar al Papa 3.500 manuscritos⁷².

¡Qué esfuerzos no supone la conservación de tantos manuscritos y qué heroísmo el de aquellos anónimos copistas medievales!

⁶⁹ VILLADA, *Historia Eclesiástico*, III, págs. 367-370.

⁷⁰ SANDYS, I, p. 625.

⁷¹ Ib. p. 626.

⁷² Ib. p. 406.

«El que sabe combatir con la piel muerta de un animal —decían los versos que puso S. Isidoro a la puerta de entrada de uno de estos escritorios—. El que sabe combatir con la piel muerta de un animal, venga, si gusta, aquí. Ensaye aquí sus fuerzas. El copista que estuviere aquí media hora, mano sobre mano, sea suspendido y reciba en la espalda dos azotes. El escriba que supiese hacer lo que pretende dos, tres y cuatro veces mejor, a eso debe aspirar. Amigo, si sabes y sientes dónde estás, dígotte: calla. El escriba no sufre junto a sí a nadie hablando. Nada tienes tú que hacer aquí, gárrulo. Véte fuera ⁷³.

Y todo este sacrificio para que luego venga una irrupción de moros, de sajones, de normandos, de húngaros y arrasen toda la labor de años y siglos. Así el Obispo D. Pelayo nos cuenta sus esfuerzos por restaurar la Biblioteca de la Catedral de León, devastada por las hordas de Almanzor. «Después de esto —dice— compré en honor de San Salvador y de la bienaventurada Virgen María, un libro de gran precio que decimos *biblioteca* —La Biblia—, y siete libros, que llamamos místicos, que bastasen a la Iglesia para el curso del año, y un libro necesario en la iglesia de los profetas, epístolas y evangelios, que se llama *comicus* —el leccionario—; aparte de estos, dos libros de oraciones, —un Misal—, dos libros *ordinum* —los rituales—, otro libro en que se contienen vidas de algunos santos y otro libro denominado *Textum Evangeliorum*, y un salterio. Además restauré los que encontré deshechos y deshojados, cuyo número es *infinito*» ⁷⁴.

«Las ciudades destruídas hasta sus cimientos; las cabezas de los varones rodando por el suelo, los pueblos y castillos arrasados; las vírgenes consagradas a Dios, llevadas cautivas. Esta última suerte tocó también a las religiosas del monasterio de Santa Cristina, quedando sólo libre una llamada Valdredo» ⁷⁵. Así describe la destrucción de León por las hordas de Almanzor la abadesa del monasterio de Santa Cristina, Flora, que fué hecha prisionera por los moros. Datos que completa así el Obispo D. Pelayo: «Bastantes años

⁷³ P. VILLADA, *Hist. Eclesiástica* III, p. 340.

⁷⁴ P. VILLADA, *Metodología*. Barcelona, 1921, págs. 145-6.

⁷⁵ P. VILLADA. *Metodología*. Barcelona, 1921, págs. 145-6.

después de la muerte de Ordoño I, irrumpieron los pérfidos islamitas en esta tierra, destruyendo las Iglesias, desbaratando los altares, violando los lugares sagrados, saqueando y sometiendo a su yugo toda la provincia. Entonces fué también devastada y contaminada esta sede, quedando sin honor durante muchos años, hasta los tiempos del rey Alfonso y del rey Sancho, padre del susodicho D. Fernando, que me puso a mí al frente de ella.

«Al fin plugo al Señor libertar a su pueblo, que parecía suficientemente castigado por sus pecados y escarmentado. Alzáronse los cristianos y libertaron la Provincia; mas por lo ininterrumpido de la lucha, no pudieron restaurar la sede ni consagrar los lugares violados. Pero, ahora, pacificada la tierra, consolidado en el trono paterno el rey Alfonso VI, nuestro Señor, al ver yo, Pelayo, este lugar que Dios me ha encomendado, no sólo manchado por la malicia de los enemigos, sino en ruinas, con el ábside y aras rotos, los altares destrozados, desnudas las paredes, deteriorado todo por la inundación de las lluvias; al contemplar que los canónigos carecían de viviendas y de oficinas, de libros y ornamentos eclesiásticos, imposibilitados para observar la vida regular; temeroso de la ira de Dios y de la bienaventurada Virgen María, si no ponía remedio a lo remediable, y restauraba lo restaurable, trabajé por hacer por cuenta mía y por adquirir de otras probadas personas lo que sigue y lo que vais a oír» ⁷⁶.

Por el mismo tiempo hordas de húngaros habían recorrido toda Alemania, el Sur de Francia, y el Norte de Italia. Prenden fuego a la biblioteca del Monasterio de Nonantola cerca de Módena, hasta no encontrar allí Mabillón nada más que dos manuscritos, y al volver para el Norte hacen correr la misma suerte a los Monasterios de S. Galo y de Fulda, centros del saber de Suiza y de Alemania ⁷⁷. ¡Había que empezar a restaurar de nuevo como el Obispo Pelayo con 8 libros! Y menos mal si los pobres Abades tenían la misma suerte que él de «restaurar con sus propias manos los que encontró deshechos y deshojados, cuyo número era infinito».

⁷⁶ Ib. p. 242.

⁷⁷ Sandys, I, p. 502.

Préstamo de códices

La escasez de códices se suplía a veces con el préstamo entre los monasterios vecinos. En una donación hecha por San Genadio entre 915 y 919 a San Pedro del Vierzo, ordena que se cambien los libros entre sí para que los puedan leer todos los monjes, los de los citados monasterios y los de los demás construídos en sus cercanías ⁷⁸.

Otras veces acudían más lejos. Así, San Fructuoso, monje del Vierzo y Obispo de Braga hacia el año 556, se dirige a San Braulio de Zaragoza rogándole «que haga el favor de mandarle» varios libros «que no se encontraban por aquellas tierras». San Braulio le responde: «Pasemos a hablar de los Códices que me pedís. Desgraciadamente no los tengo duplicados; es más, de algunos ni siquiera encuentro ejemplares en mis armarios. Con todo, si Dios fuere servido y me acompaña la vida, espero dar con ellos y poder mandároslos. No os aterre ni amilane la oscuridad que actualmente padecéis, porque la provincia que habitáis se precia de traer su origen de Grecia, que es la maestra de las letras y del ingenio. De esa Provincia proceden, si recordáis, los elegantísimos y doctísimos varones Orosio, presbítero, Toribio, obispo, Idacio, Carterio, honorable por su ancianidad y Pontífice de gran erudición (por no mencionar a otros muchos)» ⁷⁹.

El mismo S. Braulio se dirigía así al abad Millán: «Te ruego me envíes para copiarlo el *Libro de Apringio*, obispo pacense, sobre el Apocalipsis, porque lo ando buscando por todas partes, y en ninguna lo encuentro. A vosotros os será fácil obtenerlo en ésa, dado vuestro poder y la celebridad de vuestra ciudad. Haced el favor de buscarlo, aunque no lo tengáis vosotros y enviádmelo. Me acuerdo que hace tiempo lo poseía el conde Lorenzo. Buscadlo, pues, y cumplid mis deseos, que yo haré se transcriba y se os devuelva lo más pronto posible». Desgraciadamente el código no fué hallado. Emilianio, o S. Millán de la Cogulla, se lo comunica así a Braulio:

«He buscado con toda diligencia el libro que me pedíais, bien lo sabe Dios; y he dado órdenes para que se buscara entre los volúmenes del conde Lorenzo, pero todo ha sido inútil, porque, si bien

⁷⁸ VILLADA, *Hist. Ecles.* III, p. 363-4.

⁷⁹ *Ib.* II, segunda Parte, p. 94.

es verdad que nos preocupamos por la conservación de la biblioteca del conde, pero, como vos bien sabéis, no pudimos impedir se dispersara». Curiosa es la noticia que encontramos en una carta dirigida por Braulio a su hermano el abad Frunimiano. Le había éste pedido pergamino para su escritorio, y aquél le responde: «No os lo puedo mandar, porque ni yo tengo para mí. Sin embargo, ahí os envío el dinero para comprarlo, si queréis»⁸⁰.

«Pero el hecho más culminante del siglo IX es el viaje que hizo San Eulogio de Córdoba al Norte de España. San Eulogio, amigo íntimo de Alvaro de Córdoba, se dirigió el año 848 a Navarra para enterarse de la vida de los monjes que vivían en el Monasterio de San Zacarías, colocado a la orilla del río Agra en la falda de los Pirineos. En dicho monasterio militaban bajo la obediencia del abad Odoario nada menos que 150 monjes... Durante las horas de trabajo manual de los monjes, recorría las diversas oficinas y la huerta, admirando el ahinco que todos ponían en hacer bien lo que les estaba encomendado.

Singular complacencia sintió Eulogio al visitar el *scriptorium*, donde los pergamineros, escribas y miniaturistas confeccionaban los códices; y pasando de allí al *scrinium* o archivo y a la biblioteca, se quedó sobrecogido ante la cantidad de volúmenes que contenía —*multa volumina librorum*. Los fué examinando uno por uno; y viendo que allí había no pocos duplicados, de que carecían las bibliotecas de los mozárabes de su ciudad natal, pidió al abad le concediera poder llevarse consigo alguno de ellos. Accedió gustoso Odoario a su deseo, y entonces Eulogio cargó sus alforjas con muchos y raros libros; entre ellos, la *Ciudad de Dios*, de San Agustín; la *Eneida* de Virgilio; las Poesías de Juvenal; los Poemas de Horacio; los Opúsculos de Porfirio, ilustrados; los Epigramas de Aldelmo; las Fábulas de Avieno; una colección de Himnos católicos y muchos tratados de autores eclesiásticos sobre cuestiones dogmáticas... A su amigo Alvaro y demás estudiosos les proporcionó el mayor consuelo que se puede dar a un bibliófilo, que fué prestarles los libros que había traído consigo y ellos desconocían»⁸¹.

⁸⁰ Ib. p. 65.

⁸¹ *Metodología*, p. 146.—*Historia Eccl.* III, p. 87-88.

Descripción de un escritorio

Difícilmente se encontrará hoy día impresor que cuide con tanta diligencia de las ilustraciones, combinación de tipos y colofones, como los copistas medievales. ¡Con qué cariño y esmero transcribían los códices, a los que consideraban como hijos de su saber caligráfico! El escritorio o habitación destinada a la confección de los códices estaba adosado a la iglesia o sacristía. Una de las representaciones más antiguas de un escritorio es la que existe en el Comentario al Apocalipsis de San Beato, escrito el año 970 en el Monasterio de San Salvador de Tábara, de la provincia de Zamora, fundado por San Froilán, obispo de León, a fines del siglo IX. En el último folio aparece la torre misma del monasterio, de sillería polícroma, con arcos de herradura, tejado, y sobre él dos ligeras torrecillas con sus correspondientes campanas. Tres hombres suben a la torre, por unas escaleras de mano, y otro hace sonar mediante dos cuerdas una de las campanas. Al lado hay un cuerpo de edificio anejo, que es el escritorio. En él se ve un pergaminero, sentado en un taburete, cortando el pergamino con grandes tijeras. Está en un compartimento especial, donde se preparaban las pieles, se formaban los cuadernos, se rayaban las hojas con el punzón, se hacían las tintas de diversos colores —negra, verde, azul, amarilla y encarnada, —se cortaban las plumas de caña y de ave, y se acondicionaban los pinceles; que estos eran, según San Isidoro, los instrumentos principales del escriba.

En un aposento inmediato se ve el monje Senior copista, y Emerterio, escriba y pintor, fatigado. Están sentados en sendos sillones, vestidos de túnica, los pies desnudos y con un gorro frigio o mitra sobre la cabeza. La mesa de trabajo es parecida al ara de los altares, que por entonces se usaba. Ambos personajes sostienen con una mano el cuaderno, y en la otra llevan una pluma de caña o de ave, en ademán de escribir ⁸².

Los escritores tenían su organización especial. Al frente había un monje, que era además bibliotecario o archivero. Se le consideraba como una especie de sacerdote de la cultura. En la liturgia mozárabe hay un rito especial para la investidura del cargo de biblioteca-

⁸² Ib. p. 338.

rio. «Cuando se ordena al que ha de estar al frente de los libros y de los copistas, estando presentes todos los monjes en la sacristía, el obispo le entrega el anillo clavicular de los armarios, diciéndole: «Sed el custodio de los libros y el director de los copistas». «El, después de besar el pié del obispo, queda constituido en su cargo».

Hojeando la Regla de los monjes escrita por San Isidoro, podemos darnos cuenta del trabajo diario de los escribas y de las obras que particularmente copiaban. En verano trabajaban desde la salida del sol hasta las nueve de la mañana, y desde las tres de la tarde hasta el anochecer; y en otoño, invierno y primavera, desde las nueve a las tres de la tarde. Venían, pues, por término medio a trabajar de siete a ocho horas diarias. A la lectura dedicaban tres horas todos los monjes, y de códices los surtía el escritorio. Es interesante lo que se prescribe a este propósito en la mencionada Regla:

«Todos los códices —dice— los tenga guardados el bibliotecario, —jefe también del escritorio—. Todos los días, a primera hora, reciba cada hermano uno, y después de haberlo leído y tratado juiciosamente, devuélvalo por la tarde. Al que pidiere el códice fuera de tiempo, no se le de»⁸³.

España en primera línea

Lo mismo en la letra que en la miniatura tuvo España ejemplos sin igual.

«Con justo orgullo —dice el eminente paleógrafo Ewald—, con justo orgullo mira el español en los manuscritos visigodos un pedazo de su gloria nacional; pues el espíritu de invención en este terreno se ha manifestado entre sus antepasados medievales con mayor pujanza quizás que en ningún otro país. La riqueza y lo lleno de la letra de los hermosos códices, que aun hoy se conservan, causan extrañeza y admiración a todo extranjero. La individualidad aparece aquí más pujante que en ninguna otra parte. Esos manuscritos son verdaderamente nacionales. En la misma Península se formó la escritura visigoda que se aparta de las otras minúsculas, y

⁸³ Ib. p. 342.

surgió un sistema de ornamentación con carácter propio, que con razón y derecho puede ser llamado estilo visigodo. Con la ornamentación siempre en aumento y con el formato lleno de gusto del libro, creció la personalidad consciente del copista, y sus suscripciones toman la forma de un documento diplomático. Tal es la importancia que se daba al mero trabajo técnico. En los manuscritos se encuentran no sólo los nombres de los copistas, de sus compañeros, de los miniadores, de los abades y obispos, de los condes y reyes, sino hasta el día en que fue comenzado el códice y la hora en que se acabó... Los monasterios e iglesias fueron los centros de este movimiento literario. Interesantísimo hubiera sido el que se hubiesen conservado estas bibliotecas juntas hasta nuestros días»⁸⁴.

En miniatura tenemos también ejemplares envidiables. «Entre todos los manuscritos ilustrados hasta la alta Edad Media, se lleva la palma por su riqueza, su variedad, su colorido y su orientalismo el grupo de los Beatos, al que pertenece el grabado del escritorio de la torre antes descrito. Suman estos códices 24 ejemplares y tres fragmentos, distribuidos por diversas bibliotecas de Francia, España, Inglaterra, Italia, Estados Unidos y Portugal. La ilustración es copiosísima y se divide en tres series distintas entre sí: la primera encierra las que podríamos llamar preliminares; la segunda, las que atañen directamente al Apocalipsis, y la tercera, las que se refieren al Comentario de Daniel, añadido al final de algunos manuscritos. Con razón se ha repetido muchas veces que en toda la miniatura medieval no se ha producido un grupo de ilustraciones más rico, más realista, ni más en armonía con el texto, que el que contienen los veinticuatro Beatos, llamados así por su autor el monje Beato de Liébana.

Con razón escribe Mâle: «La ilustración de los Beatos, por sus colores violentos, sus dibujos extraños, su atmósfera de sueño, ejerce sobre la imaginación una verdadera tiranía. Quien los ha visto una vez no los olvida. De ellos han tomado los artistas el Cristo rodeado de los cuatro animales; de ellos, los ancianos coronados del Apocalipsis sosteniendo copas y violas, tipos completamente nuevos y de los que el arte anterior no ofrece ejemplo. Estos extraños

⁸⁴ Ib. p. 360.

manuscritos del Apocalipsis han dejado marcada sobre el arte del siglo XII una profunda huella. Ellos orientaron la imaginación de los artistas hacia la grandeza y el misterio; nada armoniza mejor que estos graves tímpanos con las sombrías iglesias románicas. Más de un escultor no habría visto jamás el Apocalipsis de Beato, pero bastaba con que el genio del libro hubiese dejado su huella en una obra como el tímpano de Moissac (con el Cristo Majestad), que fué para los artistas franceses el punto de partida»⁸⁵.

El ocaso del copista

Es curioso que cuando ya pasó el peligro de las destrucciones y devastaciones, empezó a sentirse también menos interés en la labor de los copistas. Los monjes de los siglos X, XI y XII son reconocidos como mejores copistas que sus sucesores. La regla de los Cartujos, fundados en 1084, impone el deber de guardar los libros útiles y de transcribirlos diligentemente. Los Cistercienses, fundados 14 años más tarde en 1098, se distinguieron por sus habilidades caligráficas. Pero en 1297 pocos monjes de S. Galo eran buenos copistas. Lo mismo que en Corbie, cerca de Amiens, los monjes dejaron de actuar como copistas a fines del siglo XIII. Ricardo de Bury, en 1345, vuelve con pena los ojos a las épocas en que los monjes solían copiar manuscritos «entre rezo y rezo», dando todo el tiempo que podían a procurarse libros, y hace resaltar la actividad del pasado con la dejadez de sus propios días⁸⁶. Diríase que el instinto de conservación que les había estimulado providencialmente a salvar el tesoro cultural del pasado, les decía ya ahora que podían descansar un poco, pues había desaparecido el peligro. Pero el afán de saber, que había recibido su primer impulso de Casiodoro, nunca murió⁸⁷.

Oigamos para terminar el elogio del escriba que antes de ser Abad del Monasterio Vivariense escribió en nombre del Rey Godo el ilustre Casiodoro: «El oficio del escriba suele ser la seguridad de

⁸⁵ Ib. p. 443-450.

⁸⁶ SANDYS, I, págs. 523, 625.

⁸⁷ Ib. p. 625.

todos, ya que el derecho de todos se guarda gracias a su solicitud. Porque a unos despojan los incendios, a otros los robos, a otros el descuido y la incuria: pero lo que los particulares pierden, lealmente el escriba lo repara. Más diligente en lo ajeno que puede ser cuidadoso de lo propio, hace—sin que le pidan—lo que suplicado apenas podría cumplir; y si se lo piden no puede negar lo que el interesado le dice que perdió. *Armarium ipsius fortuna cunctorum est*, su armario es la fortuna de todos, y con razón se le llama común refugio, cuando en él se encuentra la seguridad de todos. Oficio de padre es conservar la verdad incorrupta. Pues como diligente progenitor conserva lo que encuentre el ocioso sucesor. Así, árbitro de las artes, no consiente que nadie sea defraudado de su propia utilidad. Por eso—se lo dice al escriba *Deusdedit*— te encargamos ardientemente que seas fiel custodio de tan gran oficio, y ya que hasta ahora has satisfecho por tu integridad, no te denigre ninguna mudanza. Gloria grande, testimonio indiscutible, sacar tú la voz vieja de los pergaminos de tus fieles armarios, y recibirla con reverencia cuantos la oyen. *Pascat te editio decora veritatis*, sea tu alimento el reproducir dignamente la verdad. *Da petentibus, quae olim facta sunt*, da a los que te lo piden las cosas del pasado»⁸⁸.

Efectivamente, concluyamos con el P. Villada: «Hoy día nos transmite a raudales la imprenta el pensamiento de los genios, el alma de los literatos, los sistemas y concepciones de los científicos. Nada de esa enorme y prodigiosa maquinaria existía en la Edad Media. El medio único de la transmisión de la cultura era la labor paciente del copista, que gastaba sus ojos y sus fuerzas en la transcripción de los manuscritos. Gracias a ellos podemos hoy saborear los clásicos griegos y latinos, conocer la Biblia, las obras de los Santos Padres y las producciones de sus contemporáneos»⁸⁹.

ENRIQUE BASABE, S. I.

⁸⁸ *Variarum* XII, ep. 21.

⁸⁹ *Hisl. Eccles.* III, p. 337.